

Mamá quiero ser un niño

Aron Neila, un joven de 20 años, cuenta su proceso de cambio de sexo en una sociedad todavía inexperta y desinformada

ARIADNA REINA GARCÍA
Girona

Aron tardó 15 años en expresar que era y se sentía un chico. Pasó toda su infancia y parte de su adolescencia en el interior de un cuerpo en el cual no se sentía cómodo. Al principio, se pensaba que su mal estar era tal solo cuestión de su orientación sexual. Finalmente, sacó a luz lo que era y decidió empezar un tratamiento para cambiar de sexo. Cuando era pequeño Aron no entendía lo que le pasaba. “Cuando eres niño te enseñan cuál tiene que ser tu comportamiento. Cuando ves que tu conducta no va con tu cuerpo te sientes mal, la sociedad te lo pinta como algo malo, como si fueras un bicho”. El joven recuerda que durante su infancia odiaba ponerse falda cuando su madre le obligaba. Tampoco le gustaba llevar el pelo largo y siempre le habían gustado las chicas.

En la intimidad pensaba, “¿soy la única puta persona a la que le pasa esto?”. Desde pequeño tenía claro que quería ser un chico, pero no lo sabía identificar. Su cuerpo también le mandaba señales. Durante la pubertad, a la vez que le empezaba a crecer el pecho se le ensanchaba la espalda. “Nunca he tenido figura de mujer, pero lo que más odiaba eran las tetas, no podía mirarme al espejo”. A la que le empezó a crecer el pecho, Aron dejó de bañarse en la piscina en verano. Para salir a la calle, ingeniería técnicas que le oprimieran el pecho. “He llegado a envolverme con cinta adhesiva pegada a la piel y enganchármelo al cuerpo incluso cortándome la respiración, pero yo iba más contento que nadie porque no se me notaba el pecho”, confiesa.

Finalmente, después de quince años escondiendo su verdadera identidad descubrió que lo que le pasaba era algo interior. Maduró y se dio cuenta que lo suyo iba mucho más allá de no quererse poner una falda o gustarle las chicas. Él se sentía un hombre metido en el interior de un cuerpo de mujer. “A mí ya me hubiese gustado nacer y sentirme la más femenina de todas, lo hubiese tenido más fácil, pero es algo que no se elige”, explica el joven. La transexualidad nunca es una elección, la persona transexual ya nace, nunca se vuelve. Lo difícil es ponerle nombre. En aquel momento Aron conoció a Albert, un chico que también estaba pasando por el proceso de cambio de sexo. “La liberación de Aron fue Albert, él no sabía cómo definirse y cuando le conoció pensó que le pasaba lo mismo y que era el momento de contarle”, explica Elisabeth Fuentes, la madre de Aron.

Aron confiesa que las tres veces que se había cambiado de pueblo había querido presentarse como un chico, pero que su madre nunca le había dejado por miedo a que se metieran con él. Elisabeth desde siempre había pensado que su hija era homosexual. Nunca se paró a pensar que Aroa era en realidad un chico, por aquel entonces ni siquiera conocía la palabra transexualidad. Aron tampoco tuvo nunca el valor para contárselo. “Cuando Albert me contó que podía cambiar de sexo, lo primero que pensé fue: ¿cómo le digo a mi madre que me siento un chico y quiero cambiar de golpe y porrazo?”, explica Aron.

El gran paso de contarle

Jaume Ulldemolins, secretario de Chrysalis, la Asociación de Familias de Menores Transexuales de España, asegura que uno de los momentos más duros llega

Una de cada mil personas no se siente identificada con su sexo y género

La transexualidad no es una elección, la persona transexual nace, nunca se vuelve

cuando hay que contarle a las familias. “Generalmente a las familias les cuesta ver esa realidad, te puedes encontrar que un padre o una madre necesite más tiempo para aceptar, pero normalmente lo acaban apoyando”, señala Ulldemolins. Jaume cuenta que la mayor parte de las familias, en un primer momento esperan que sus hijos o hijas no sean transexuales, principalmente por el motivo de la marginalidad.

La madre de Aron también pasó por este proceso de concienciación. “Cuando me lo dijo pensé: ¿Qué he hecho mal? ¿Por qué no me he dado cuenta antes?”, explica. No entiende porque Aron no se lo contó cuando era más pequeño y lamenta hacerselo pasar mal al obligarle que se pusiera una falda. Asegura que, si pudiera retroceder varios años atrás, corregiría alguna de sus conductas sexistas que sin quererlo ni saberlo

hacían daño a su hijo.

Según los expertos, las familias deben dejar que los niños se expresen tal y como son, si se les intenta imponer una identidad que no es la suya se lleva al menor a someterlo a un género que no es el suyo y se le arrebató, como afirma Ulldemolins, esa infancia que solo tenemos una vez.

A Aron también le resultó doloroso el desconcierto que mostró su madre al contárselo. “Me hubiera hecho ilusión que cuando se lo dije me hubiese dicho: por fin lo has reconocido”, confiesa. Sin embargo, a pesar de que la transexualidad empieza a tener signos evidentes a partir de los tres años, no es fácil identificarlo. Jaume Ulldemolins, asegura que generalmente cuesta mucho, a no ser que se tenga “fe ciega” en los hijos. Como cuenta el secretario de Chrysalis, no existe una prueba física que lo demuestre. “Como padres solo podemos buscar información y tomarnos muy en serio lo que nos dicen nuestros hijos, porque tampoco es fácil para ellos expresar lo que les pasa”, señala.

Elisabeth desde el primer momento decidió apoyar a Aron y acompañarle en el proceso de cambio. Tuvo que cambiar el chip, y entender que a partir de ese momento Aroa había desaparecido. Para ello, fueron necesarios varios encuentros con Angela Vidal, psicóloga infantil del Hospital Clínic de Barcelona. En eso consiste la primera fase del proceso. Lo primero que se hace es dar información a la familia sobre la transexualidad, y se intentan romper los falsos mitos.

Un tratamiento largo y lento

El proceso de cambio de sexo es muy lento, no consiste solamente en empezarse a hormonar. Aron estuvo también ocho meses asistiendo a sesiones con Angela antes de empezarse a hormonar. Desde entonces, el joven tiene que pincharse cada mes 250 miligramos de testosterona. Esto es diferente en cada caso, ya que la dosis depende del nivel de testosterona que genera cada cuerpo. Aron por sí solo desprende mucha, y el practicar deporte también le ayuda bastante.

Pero lo que más ansían los hombres transexuales es la operación del pecho, ya que como cuenta Aron, cuando se lo quitan desaparecen muchos complejos. Él in-

Aron con 19 años, después de cuatro años de tratamiento

Un niño de cuatro años dibujándose con cuerpo de mujer en la escuela



ARIADNA REINA



ARIADNA REINA

virtió el dinero que su madre tenía guardado para el carné de coche para operarse. Desde entonces, dejó de ponerse fajas y empezó a disfrutar en la playa.

El cambio de nombre

Sin embargo, el momento crucial llegó cuando se tuvo que cambiar el nombre. Aron decidió dar el paso al empezar en el nuevo instituto. El primer día de clase se presentó por primera vez como Aron. A Elisabeth le costó mucho empezar a llamarle Aron, más incluso que a Lorena, su hermana pequeña. La madre explica que la niña lo normalizó muy rápido. “Desde el primer día que empezamos en casa a decir Aron, Aroa desapareció y ahora le preguntas y no sabe ni quien es Aroa”, explica. El cambio de nombre también costó mucho a sus amigos. El jo-

La transexualidad no es ni un trastorno, ni una enfermedad mental

Los signos de transexualidad empiezan a ser evidentes a partir de los tres años

ven aprovechó distintas situaciones para pedir a su entorno que empezaran a llamarle Aron. No-helia Pineda, una de sus mejores amigas, cuenta que, aunque no le costó nada asimilar su cambio de sexo, porque ella siempre le había visto como un chico, el empezar a llamarle Aron de repente le costó. Los amigos recuerdan entre risas que, cuando al principio salían de fiesta y le llamaban, a veces se quedaban en blanco porque no les salía el nuevo nombre. Sin embargo, esto no le incomodaba, el joven asegura que Aroa era solo una etiqueta que la gente le ponía para dirigirse a él y que con paciencia y tiempo todo el mundo se acabó acostumbrando. Sin embargo, una de las mayores preocupaciones de su madre es que sea rechazado, sobre todo, cuando conoce a una chica. Pero Aron nunca lo ha ocultado ni engañado a nadie. De hecho, el joven explica que acostumbra a tener más problemas con algunos chicos que con las chicas. “Ellos se creen chicos de verdad y a mí me ven como un chico de los chinos”, ironiza.

Aron tiene claro quién es y después de tantos años ocultando su identidad ya no se esconde. No le gusta que le pongan etiquetas, ni que le llamen “el chico trans”, como dice, él es “el Aron y punto”. Simplemente nació siendo un hombre con cuerpo de mujer. Y por ello, para su familia y amigos es especial. “Quizás sí que cuando tengo que decir que pasa soy así, me tiembla todo y se me encoje el cuerpo. Pero ahora después de mucho tiempo estoy a gusto con mi cuerpo, y lo que me digan me da igual. Lo que creas tú y como te sientas es lo que vas a transmitir a los demás”, cuenta emocionado. Y lo cierto es que eso es precisamente lo que transmite.

Fin al binarismo de género

Una de cada mil personas no se siente identificada con el sexo y género que se le asignó al nacer. La transexualidad, científicamente conocido como disforia de género, es un síntoma que se caracteriza por un sentimiento de malestar y descontento con el cuerpo, cosa que resulta insostenible a la persona que lo sufre. Pero la disforia no es una patología, ni en ningún caso un trastorno.

Los miembros de la asociación Chrysalis, señalan que la causa en la que se establece por la sociedad que es un trastorno, viene dado por la “falta de información”. Además, aseguran que el hecho de estar educados en una “visión de binarismo”, en el que solo se entiende que hay hombres y mujeres provoca que la transexualidad sea vista como un trastorno. Por ello, creen muy necesario la creación de una ley, de ámbito estatal, que proteja a las personas transexuales. Aseguran que la actual ley es

mu, “patologizadora” ya que mantiene, igual que la OMS, que la transexualidad es una enfermedad mental. La modificación de la ley de registro civil es también un tema pendiente. Puesto que, para cambiarse el nombre y sexo del DNI, las personas transexuales necesitan un informe psicológico, y llevar dos años de tratamiento.

En Catalunya, ya se han puesto en marcha algunas medidas. En las escuelas es donde se está llevando a cabo un trabajo más intenso de concienciación. Algunos centros catalanes han aprobado un protocolo en el que se establece que hay que llamar a los alumnos por su nombre y dejar que vayan a los servicios según su sexo. En especial, destaca la escuela pública Turó Blau de Sant Andreu (Barcelona), que ha optado por eliminar los lavabos separados para niños y para niñas, y se ha convertido en el primer centro público catalán validado como LGTBI friendly.